

LA MIEL ENTRE LOS LABIOS de LeDuff

Buenas tardes, me llamo José Sala y soy el último superviviente del campo de concentración franquista de San Marcos, en León. Estoy aquí para contaros la historia de mi vida, de mi carrera, y de mi obra; porque sí, soy poeta, o al menos lo fui, porque eso lo dejé hace muchos años.

A lo largo de mi prolífica vida escribí más de 1200 escritos entre poemas, ensayos, novelas y encargos, pero no publiqué ninguno de ellos. Era demasiado inseguro y me daba excesiva vergüenza exponer todo mi ser de la manera en que lo hacían algunos. Y... siendo honestos, también he de confesar que me faltó coraje. El coraje que sí que tuvieron Alonso, Machado, Hernández, Unamuno y mi querida Gabriela Mistral.

Conocí a Gabriela en Madrid en 1933, cuando aterrizó en España en calidad de cónsul recomendada por el gobierno de nuestra querida República. Me acuerdo estar tomando unos chatos en la parte de abajo del café Gijón con unos amigos cuando apareció ella; rodeada de misterio, y con un aura a sabiduría que me dejó boquiabierto. Estuvimos charlando durante horas sobre la situación política de España y Chile y después de unos vinos y unos cuantos chupitos de aguardiente, me inflé de valor y le recité unos versos de un soneto sobre el que había estado trabajando. No lo voy a decir por supuesto delante de ustedes por vergüenza, pero ella me dijo sinceramente, a al menos eso fue lo que me prometió, que le había gustado. A lo que Gabriela respondió con otro soneto de su obra 'Sonetos de la muerte' de 1915 que dice así:

*Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.*

*Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.*

*Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.*

*Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!*

Salí de aquel bar de madrugada con una emoción desbordante que me dejó descolocado durante varios días y noches.

Al cabo de un tiempo, mi buen amigo Luis Buñuel, que acababa de estrenar una película rarísima en París me invitó a una fiesta para celebrar el éxito obtenido en Francia en un local de la calle Fuencarral, cerca de la Residencia de Estudiantes. Y ahí conocí a un chico granadino del que todos hablaban muy bien, pero que yo personalmente no conocía. Resulta que ese chico era Federico García Lorca.

Federico y yo nos hicimos grandes amigos y nos pasábamos horas charlando sobre arte, cultura y... toros; porque Federico era un gran amante de la tauromaquia, a pesar de que yo jamás entendí el sufrimiento animal como forma de cultura. De hecho, un día en su hacienda después de comer le pregunté sobre su viaje a Nueva York, sobre cómo eran sus gentes, sus costumbres, sus teatros... pero Federico estaba triste, taciturno, y no lograba entender por qué. Al rato me confesó que un íntimo amigo suyo, el torero Ignacio Sánchez Mejías, había muerto por una cornada en la Plaza de toros de Manzanares, en Ciudad Real. Era un 13 de agosto de 1934, a las cinco de la tarde...

*A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.*

*Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.*

*Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.*

*El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.*

*Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.*

*Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.*

*Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.*

Federico y yo perdimos el contacto. No volví a saber más de él hasta que un día, exactamente dos años después de nuestro último encuentro, un amigo en común me comunicó su muerte. Federico había sido asesinado por un batallón del bando sublevado un mes después del comienzo de la guerra, por rojo y maricón. Y así es como perdimos al mejor poeta de la historia.

La guerra no daba tregua. Habían muerto Lorca, Machado y Unamuno y en un futuro lo haría Valle-Inclán y Miguel Hernández en la cárcel. La situación exigía solamente dos opciones para mí: el exilio o la muerte; así que finalmente logré contactar con Gabriela que ya estaba de vuelta en Chile y logré salvar mi vida, mientras veía a lo lejos como mi país ardía en cenizas a manos de un miserable, con mi familia y amigos más cercanos dentro de él.

Fueron años muy duros en los que eché de menos a mucha gente, pero sin embargo, conocí a gente maravillosa que hoy en día puedo decir que fue mi familia. Gabriela me presentó a innumerables nombres de la bohemia latinoamericana: en Chile conocí a Huidobro y a Neruda, amigos de Mistral, y enseguida quedé prendido de Pablo, de su cultura y de su amor por su continente: América.

*AMÉRICA, no invoco tu nombre en vano.
Cuando sujeto al corazón la espada,
cuando aguanto en el alma la gotera,*

*cuando por las ventanas
un nuevo día tuyo me penetra,
soy y estoy en la luz que me produce,
vivo en la sombra que me determina,
duermo y despierto en tu esencial aurora:
dulce como las uvas, y terrible,
conductor del azúcar y el castigo,
empapado en esperma de tu especie,
amamantado en sangre de tu herencia.*

Al concluir la guerra volví a España. Me encontré un país arrasado, triste, taciturno, con una mirada de llanto en sus gentes y cuyos ánimos de rebelión y progreso se vieron abatidos por buscar agua para beber y pan para comer. Arrendé un pequeño apartamento en el barrio de Tetuán y traté de llevar la vida más aburrida posible. Me creí libre durante un tiempo, hasta que un soplo de un vecino me delató ante las autoridades del generalísimo. “Queda detenido, por detractor del régimen”. Me metieron en un furgón y me llevaron al campo de concentración de Zaragoza, y después al de Santa Ana y el de San Marcos en León en último lugar, donde estuve preso 3 eternos años.

En el 42 finalmente salí después de ver con mis propios ojos lo peor de la condición humana, y volví a mi Barcelona natal, donde trabajé en una farmacia del Raval hasta mi muerte el 8 de noviembre de 2021.

Me llamo José Sala. Soy el último superviviente del campo de concentración franquista y esta es mi historia.